

## Afrontar la enfermedad y la muerte

La actitud de nuestra sociedad ante la muerte es realmente ambigua. Ya hemos visto cómo, quince años atrás, en una sociedad en plena expansión económica, se hablaba poco de la muerte. Las ideologías dominantes evocaban los progresos científicos y técnicos que iban a retrasar, cuando no a suprimir, esta cita fatídica. Por otra parte, la gente es cada vez más reacia a hallarse presente en el momento de la muerte de sus allegados. Hace unos siglos, en un auditorio formado por estudiantes de unos veinte años, la mayor parte de ellos ya había presenciado la muerte de algunos de sus hermanos; la mayoría de ellos también eran huérfanos de padre o de madre, cuando no de los dos. Hoy día, sin embargo, es fácil encontrar a personas de cuarenta años que aún no han perdido a ninguno de sus parientes más próximos. No es de extrañar, por tanto, que la experiencia de la separación que supone la muerte se esté difuminando en las sensibilidades colectivas. Dado que los jóvenes adultos ya no viven con personas de edad, se desconoce, por ser sencillamente ignorado, cuanto se refiere al acercamiento de la muerte y a la sensación de ver próximo el final de la vida.

Los progresos de una medicina científica y tecnifica-

da llevan a considerar la muerte como un problema que hay que resolver, más que como una vivencia humana. Estamos ya muy lejos de aquellas civilizaciones en las que los individuos sentían acercarse a la muerte, podían predecir su llegada y la esperaban en compañía de sus parientes. Las técnicas médicas hacen hoy difícil predecir el momento mismo de la defunción: muy frecuentemente, el moribundo se ve prácticamente devuelto a la vida por unos cuantos días y hasta semanas. Estos «abandonos fallidos» de la existencia no dejan de tener su repercusión tanto en el entorno familiar como en la persona enferma. ¿Cómo vivir una separación inminente, pero que tanto se hace esperar?

En una sociedad tan racional como la nuestra, la muerte es difícil de aceptar: ¿no es acaso la muerte lo irracional por excelencia, lo que no es posible manipular? No deja de tener su explicación el que los médicos intenten muchas veces, prácticamente por todos los medios a su alcance, mantener una lucha contra la enfermedad, en ocasiones incluso cuando resulta inútil y hasta inhumano. Mientras haya algo que *hacer*, lo irracional y lo ineluctable pueden ser un tanto eclipsados. Esas personas agonizantes, conectadas a un montón de instrumentos que recuerdan un laboratorio, son todo un símbolo: el símbolo de una sociedad que tiende a tratar de controlarlo todo por medio de la tecnología (y no pretendo, evidentemente, recusar los beneficios de la medicina, que a veces, gracias a los cuidados intensivos, consiguen salvar a un enfermo; estoy hablando únicamente de las significaciones simbólicas de determinadas formas de «encarnizamiento» terapéutico). La tendencia, afortunadamente en regresión hoy día, a hospitalizar a los moribundos y alejarlos de su medio familiar forma parte, tal vez, de toda esta enorme tentativa por alejar de nosotros la muerte. Se tiene la sensación de que nuestra sociedad no sabe afrontar la muerte y, consiguientemente, encuentra mil maneras de camuflarla.

En nuestra sociedad en regresión económica, la confianza en las técnicas y en el futuro se va a pique, mientras que el temor a la muerte adopta otras formas. Hay libros que hablan de la vida después de la muerte, como si se pudiera volver de ella; lo que hacen estos libros es recoger las aspiraciones comunes y escamotear la realidad de la separación significada por la muerte, acabando por vaciar a ésta de todo contenido y por negarla.

La irracionalidad de la muerte hace que el lenguaje unívoco de la razón sea inadecuado para acercarse a ella. Sin embargo, es a través de ella como los humanos pueden acceder a las significaciones últimas de su existencia. Al igual que ocurre en otras situaciones excesivamente cargadas de significaciones, sólo un lenguaje ritual, simbólico y sobredeterminado es apto para esta circunstancia. Dicho lenguaje debe proporcionar unas formas de expresión que sostengan los sentimientos de los participantes, sin encerrarlos dentro de los límites de un lenguaje excesivamente concreto. Es indudable que se han cometido injusticias al denigrar esas vigilias junto a un enfermo en las que los participantes, por ejemplo, rezaban el rosario. Es cierto que estas formas de oración pierden su sentido cuando no sirven más que para tratar de llenar un vacío de comunicación o cuando se utilizan precisamente para evitar dicha comunicación, o también cuando se hacen mágicas. Pero, tradicionalmente, esta manera de orar funcionaba, sin duda alguna, de un modo muy diferente: el rezo del rosario llegaba a ser una forma de comunicación comunitaria cuando se sabía que ya no había nada concreto que comunicar. Cuando se había dicho todo cuanto se quería decir, entonces, en lugar de permanecer en silencio como si no hubiera nada que transmitir, el rosario permitía una expresión en la que todos se sentían en comunión, sin necesidad de transmitir algo más concreto. En la medida en que una comunidad se siente en unión de pensamiento, una oración muy sencilla y ritualizada puede ser vehículo de

muy diversos sentimientos que a veces vale más no tratar de expresar claramente. Muchas veces, las personas que dirigían estas vigili­as de oración poseían un cierto sentido de lo que convenía decir y hacer para que dichos rituales permitieran a cada cual sentir lo que estaba viviendo. Con el tiempo, por desgracia, estas vigili­as se han conformado al modelo de una sociedad tecnificada y se han centrado en una cierta forma de «rendimiento». Se ha llegado a orar *por* el moribundo, o *en orden a* su curación, o *por* su salvación, en lugar de limitarse a vivir juntos el misterio que había reunido a una comunidad alrededor del lecho de una persona enferma. Más que nunca, nuestra sociedad debe encontrar gestos rituales que ayuden al enfermo y a la comunidad a vivir todo cuanto se les ofrece en tales circunstancias.

### **Celebrar el encuentro con la enfermedad y la muerte**

El sacramento de la unción de los enfermos tiene la finalidad de ayudar al enfermo y a sus allegados a entrar en contacto con sus propios sentimientos y a descubrir en la enfermedad y en la misma muerte un don y una esperanza que vienen de Dios. Para que esto sea posible, puede asignarse a su celebración una serie de objetivos, de los que voy a citar cinco: conseguir hablar de la enfermedad y de la muerte con serenidad; vivir juntos la prueba y la realidad humana de la separación inminente; descubrir la nueva libertad que pueden vivir quienes se acercan a la muerte, especialmente la libertad que hace posible perdonarse y hasta reconciliarse; abordar con la mayor paz posible todo lo que en una existencia queda inconcluso a causa de la muerte; vivir juntos, en la esperanza, el término de una vida, recordando la muerte de Jesús.

### Hablar con serenidad de la enfermedad y la muerte

Son muchos los que sienten miedo a la muerte, sobre todo en nuestra cultura científico-técnica; su irracionalidad es tal que muchas veces se crea, frente al moribundo, una auténtica conspiración de silencio. Se llega incluso —y el hecho no es, por desgracia, tan infrecuente— a situaciones en las que todo el mundo evita mencionar la muerte, a pesar de que cada cual la tenga constantemente presente. En ocasiones, el moribundo confía a personas menos allegadas que sabe toda la verdad, pero que hace como si no lo supiera para que no se aflijan sus familiares; mientras tanto, éstos recomiendan a todos que tengan buen cuidado de que el moribundo no adivine la gravedad de su estado..., «porque sería muy doloroso para él».

La celebración del sacramento de los enfermos puede ayudar a la comunidad a hacer frente a la angustia inherente a la muerte. Por eso es importante que evoque con verdadero calor (de una manera empática) los sentimientos generalmente relacionados con el proceso de aceptación de una pérdida irreparable y que han sido descritos por muchos psicólogos, especialmente por E. Kubler Ross.<sup>1</sup>

Una primera reacción se caracteriza frecuentemente por la negativa a ver la realidad: aunque se posean todos los elementos, no se puede o (inconscientemente) no se quiere ver. Suele citarse como ejemplo el caso de un cancerólogo que recibe cuidados en una unidad de cancerología: todos los síntomas y tratamientos de su enfermedad le son familiares, pero es incapaz de reconocer su propio estado. Entonces el paciente tiende a aislarse y a negar la realidad.

Una segunda etapa (aunque estas etapas suelen ser

---

<sup>1</sup> *Les derniers instants de la vie*, Labor-Fides, Ginebra 1975.

concomitantes) se manifiesta en el enfermo (y a veces en su entorno) por una cierta irritabilidad frente a la gravedad de la situación. Después, muchos moribundos tratan de «regatear» con su destino. Están dispuestos a aceptar la muerte, pero intentan ver si podrían llegar a un «arreglo» con el destino, a fin de aligerar las pérdidas. Actúan en cierto modo como a veces lo hacen los que se dan cuenta de que, a pesar de sus deseos, no podrán estar en dos sitios a un mismo tiempo: tratan de hallar trucos inimaginables para conciliar lo inconciliable. Lo mismo ocurre frente a la muerte: muchos tratan de ver cómo aceptarla y, al mismo tiempo, no dejar inacabada toda una serie de cosas emprendidas.

A lo largo de este tipo de procesos se alternan sucesivamente la cólera, la negativa a aceptar los hechos, el «regateo» y los períodos de depresión. En el mejor de los casos, el enfermo acaba evolucionando hacia una aceptación de su muerte, y sólo entonces le es posible vivirla con serenidad y esperanza.

Una celebración adecuada deberá permitir que afloren al exterior todos estos sentimientos. El animador del rito deberá tratar de crear unas condiciones tales que todos se sientan a gusto y plenamente aceptados con todos sus temores, sus rechazos, sus negativas, sus aislamientos, sus irritaciones, sus «regateos», sus depresiones y, finalmente..., su aceptación y su esperanza. El arte de quien conduce la celebración consiste en que sepa reflejar simbólicamente los sentimientos que embargan a la comunidad, sin necesidad de anticipar el proceso de afrontamiento de la muerte, pero también sin negarla. Al mismo tiempo que intenta evitar reducir el sacramento a una simple terapia de grupo frente a la muerte, ha de saber que una buena celebración puede también desempeñar esta función, porque ayuda a vivir comunitariamente un acercamiento a la muerte o una confrontación con la enfermedad y permite intercambiar sentimientos y experimentar una cierta paz.

### **Frente a la separación y a la pérdida inminentes**

La enfermedad y la muerte conllevan separación y pérdida, las cuales son causa de una gran parte de los sufrimientos inherentes a la cercanía de la muerte. Hace algunos siglos, nuestra cultura occidental era perfectamente capaz de hacerles frente: la persona que iba a morir llamaba junto a sí a sus seres queridos porque había llegado el momento del adiós; esta palabra es sumamente apropiada, porque expresa que la vida está, en último y definitivo término, abandonada en manos de Dios, en la apertura al futuro. Pero la aceptación de la pérdida de la vida, de los amigos y de los bienes no es fácil ni para el moribundo ni para sus allegados. La celebración puede ser un momento privilegiado para «domesticar» algunos de los sentimientos que se experimentan frente a este tipo de separación. Una vez más, la sobredeterminación de las palabras y los gestos rituales permite a veces tratar ciertas realidades que, si se evocaran directa y racionalmente, no harían sino ahogar las sensibilidades.

### **La libertad de quienes hacen frente a la muerte**

Los seres humanos tienen siempre algo que defender, aunque no sea más que su vida. Frente a la muerte, al menos cuando ha sido aceptada, se tiene menos que conservar y se hace uno más libre; los intereses humanos que se han defendido durante la vida pierden parte de su peso, al tiempo que ciertos valores se perciben bajo una nueva perspectiva. De este modo, los moribundos aportan una verdad nueva a nuestras vidas humanas. ¡Cuántas veces se ve cómo, ante el encuentro inaplazable con la muerte, hay personas que realizan gestos trascendentales, concretamente en el sentido del perdón y la reconciliación...! Las personas que ya no tienen nada que defender

(a condición de que esto sea cierto, porque también hay agonizantes que proceden a realizar determinados cantos) tienen una inusitada capacidad para romper los diversos caparazones con que se defienden los humanos. Es por esto por lo que debe darse la posibilidad de expresarse en la celebración a quienes atraviesan esta prueba de la enfermedad. Lo cual puede hacerse muy sencillamente, pidiendo, por ejemplo, a la persona enferma que pronuncie una bendición para las personas presentes, ya sea en grupo, ya sea (en determinados casos) para individuos concretos. Semejante oración posee un especial significado, porque procede de alguien que ya no se encuentra sometido a las tensiones de nuestra sociedad de producción y consumo, de una persona enferma que ya no tiene nada con que apoyar su palabra: la palabra de alguien que depende de los demás y que recibe. Es importante que tales personas tomen la palabra, aunque no sea más que para dar las gracias a quienes cuidan de ellas. Porque, de hecho, con demasiada frecuencia se *reduce* a los enfermos, en nuestra sociedad, al papel de «pacientes», es decir, de personas que no hacen otra cosa sino sufrir. Hay que darles, pues, la palabra, entre otras cosas porque es muy beneficioso para la comunidad escuchar el mensaje de quien, si se «redujera» a las personas única y exclusivamente a su rentabilidad, no sería prácticamente nada. La libertad y las palabras de los enfermos que tan sólo viven recibiendo confiadamente, constituyen un don muy especial de Dios.

### **Hacer frente a lo que ya no podrá concluirse**

Frente a la muerte, una de las pruebas más significativas por las que hay que pasar es la imposibilidad de concluir lo que a uno le habría gustado llevar a buen término: la educación de un hijo, volver a ver a un ser querido, acabar un trabajo, reconciliarse con un enemigo



o, a un nivel más simple, asistir a la primera comunión o al matrimonio de un hijo o un nieto. Por lo general, en el momento de la muerte siempre quedan inacabados algunos de estos proyectos. La celebración del sacramento de los enfermos puede constituir un importante momento en el que, en comunidad, se dejen estas cosas en manos de Dios. Algunas de ellas tal vez se vean realizadas antes de que llegue el final, mientras que otras seguirán como están.

La enfermedad puede también añadir nuevos problemas de relación, debidos sobre todo a las tensiones y la agresividad que puede desencadenar, tanto en el enfermo como en su entorno. Estas dificultades entrañan ciertas heridas que no siempre tendrá uno tiempo de curar. Es otra de las limitaciones concretas que manifiesta la muerte: incluso después de las más sinceras reconciliaciones, a veces no dejan de sobrevenir nuevos choques.

La propia celebración puede contribuir a vivir —y en ocasiones a resolver— algunas de estas difíciles situaciones. Siempre recuerdo el caso de un enfermo, postrado en una cama de un hospital, que aceptó poner en manos de Dios la preocupación que le causaban su divorcio y su segundo matrimonio; se produjo una reconciliación familiar y, como por una especie de milagro, se resolvió una serie de dificultades familiares, porque, frente a la muerte, todos estos problemas se veían desde otra perspectiva. En ocasiones, el tiempo puede correr muy deprisa al término de una vida; pues bien, una adecuada celebración puede contribuir a dar a ese tiempo su plenitud.

### **Vivir juntos el final de una vida**

Al término de una existencia, los recuerdos y las personas adquieren una especial carga de sentido. Uno se acuerda de todos aquellos con quienes ha vivido y que, con su vida, han hecho posible que tuviera sentido la

existencia. Para ilustrarlo, he aquí una historia mucho más elocuente que todas las teorías: Era una persona anciana que vivía en un cuchitril y que, desde hacía ya años, disfrutaba enormemente festejando la Navidad con una Eucaristía que celebraba en su propia casa con un pequeño grupo. Solía declinar con gran suavidad todo lo que le ofrecían y se defendía con todas sus fuerzas para que no la llevaran a un hospicio. Un año se preguntaban algunos si viviría hasta Navidad. Y uno de sus amigos solía decir: «Seguro que llegará hasta entonces, porque desea celebrar esa fiesta. Pero después... ya no durará mucho». Cuando llegó la celebración eucarística, aquella persona contó su vida, recordó su juventud, las pruebas que había debido pasar, su soledad, sus alegrías... Después, toda la comunidad recordó a Jesús, aquella última noche en la que también él había recordado su vida, había confiado en el Padre y había afrontado la muerte. La celebración rememoró a un tiempo la vida de aquella persona y la de Jesús y evocó su muerte. Las palabras eucarísticas «he aquí mi cuerpo, he aquí mi vida» adquirieron todo su sentido al término precisamente de aquella vida. A la mañana siguiente, los vecinos encontraron muerta a aquella anciana mujer...

Las tradiciones cristianas han visto siempre en la Pasión y muerte de Jesús una inspiración y un consuelo para vivir el final de la existencia. No se trata de invocar a Jesús como si fuera la solución mágica de cualquier tensión, sino que el relato que nos cuenta cómo confió Jesús ante la muerte, ilumina a las comunidades acerca de lo que les toca vivir; y de hecho, escuchando este relato es como las comunidades cristianas han tratado de hacer frente a la realidad de la muerte, intentando superar esas historias truncadas que no mencionan la muerte sino bajo la forma de un «tránsito», como si la pérdida de la vida no fuera real y como si la afirmación misteriosa de la resurrección evitara el «cara a cara» con el absurdo de la muerte. Jesús experimentó este absurdo

en el anochecer de su vida, y fue así como entregó su Espíritu al Padre. Su resurrección no resuelve todos los problemas que la muerte plantea a los cristianos; ahora bien, ocurre que los cristianos han experimentado desde siempre que, a partir de Jesús, tenía sentido el hacer frente a la muerte y hasta el vivirla con esperanza. El relato que evoca la actitud de Jesús frente a su propia muerte no es una solución a los problemas planteados por ésta; sin embargo, ayuda a comprometerse a seguirle en lo desconocido del más allá. Por último, la proclamación de la resurrección de Jesús y de su promesa de nuestra propia resurrección es una afirmación misteriosa que conviene escuchar. Y aunque haya que evitar, en lo posible, utilizarla para negar la realidad de la muerte, también es cierto que afirma enérgicamente que no hay que reducir la vida a sus apariencias superficiales y que para Dios no hay nada imposible.

#### **Un sacramento que es preciso celebrar con sensibilidad**

Más aún que los demás sacramentos, el de la unción de los enfermos exige delicadeza por parte del celebrante; según sea lo que viven el enfermo y la comunidad, así habrá que celebrarlo. Afortunadamente, existe un signo establecido de una vez por todas: la unción. Se trata de un elemento simbólico estable, en torno al cual puede orientarse la celebración de acuerdo con las necesidades, a fin de encontrar las palabras, los gestos y los movimientos que permitan más tarde decir a la comunidad: «ahora nos sentimos más dispuestos a afrontar la enfermedad, la vejez, la muerte y la separación y a vivirlo en común, recordando la Pasión de Jesús, porque en este sacramento se ha manifestado de nuevo el don de Dios».

### Las exequias

Resulta que, tal como han evolucionado históricamente las estructuras sacramentales, las exequias no son un sacramento. Sin embargo, constituyen el momento en que la comunidad cristiana expresa su sentir ante la separación del ser querido. De todas formas, se las pervierte cuando derivan en un rechazo de la muerte y de la separación y, amparándose en el hecho de la resurrección, se niega en la práctica estas realidades.

Para que las exequias sean significativas, es importante que la comunidad pueda *vivir su aflicción*. Frente a la muerte, la comunidad deberá pasar por todas las fases anteriormente descritas: desecharlo con la imaginación, negativa a ver la realidad y las consecuencias del fallecimiento, miedo a las nuevas situaciones, sentimiento de cólera y rebeldía ante la muerte, «regateos» tendentes a ignorar los cambios que van a producirse en la existencia, depresión y, por último, comienzo de aceptación y de esperanza. Será preciso vivir sentimientos de este género frente a la realidad del fallecimiento. Correctamente celebradas, las exequias pueden ayudar a «domesticar» estos sentimientos, teniendo siempre presente el recuerdo del desaparecido y la vivencia de la separación. Es en este contexto donde únicamente puede tener sentido el proclamar —sin tratar jamás de eliminar el misterio— lo que para las comunidades cristianas ha constituido siempre el centro de su fe: «Jesús vive y es la vida».